

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 4 Noviembre de 1893

Núm. 75

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



RUINAS DE RAMESEUM, EN EGIPTO

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.— Sor Verónica, por M. DU TARTRE.— La Noche de los Muertos (Balada de APELES MESTRES), traducida del catalán por J. TRAJANO MERA.—Mujer, por EMILIA PARDO BAZÁN.—La flora de Tenerife, por PEDRO GRANDSELVE.—MI ÁLBUM: Episodio trágico, por SALVADOR RUEDA.— Nuestros grabados.— Mesa revuelta.— Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados.—Ruinas del Rameseum, en Egipto.— Entrada del Valle de las Tumbas, en Egipto.— La cripta del monasterio de Capuchinos, en Palermo.—Carlos Gounod.—Don Puntual, por JOSÉ PANDO.



Crónica

Las noticias referentes á la acogida que la ciudad de París ha hecho al contraalmirante Avellan y á los marinos rusos han ocupado durante largos días á la prensa europea, que ha hecho variadísimos comentarios acerca de estos sucesos. Los parisienses y Francia en general han echado la casa por la ventana para recibir y agasajar á sus huéspedes, á los que creen aliados suyos en toda la extensión de la palabra. Banquetes suntuosos, gran función en la Ópera, baile espléndido en el *Hotel de Ville* ofrecido por un Cabildo compuesto de radicales y de socialistas, fiesta militar, retreta á la luz de las antorchas, amén de otros muchos agasajos, se dieron á los marinos rusos con el doble intento de obsequiarles y de dejarles deslumbrados. En los banquetes oficiales los franceses que brindaron, comenzando por el presidente M. Carnot, se expresaron en términos entusiastas, hablando de la alianza entre Francia y Rusia; pero el contraalmirante Avellan al contestarlos se mostró siempre reservadísimo, ciñéndose á desear la prosperidad de la nación que le hospedaba, la de París, la de M. Carnot, etc., etc., sin hacer la más insignificante declaración, ni directa ni indirecta en pro de lo que tanto desean los franceses. M. Carnot dirigió un caluroso telegrama de felicitación al Czar, y la respuesta de éste, lejos de hallarse en idéntico tono, la tuvo por muy fría todo el mundo. Por otro lado, los rusos han dado severas lecciones á los parisienses y al Gobierno francés. No puso éste en las fiestas ningún acto de carácter religioso, y los rusos apenas desembarcados en París quisieron ir al templo de su comunión en la calle Daru, en donde, con la mayor solemnidad, se celebró una función de gracias, á la que se imprimió la mayor magnificencia, presentando brillante aspecto el interior de aquel suntuoso templo, cuajado de oro y mosaicos. El día en que se dió el baile en las Casas Consistoriales hacía poco que se había recibido la noticia del fallecimiento del mariscal Mac-Mahon, gloria de la Francia. Imponía este suceso la suspensión del baile ó por lo menos convertirlo en simple recepción. No lo hizo el Ayuntamiento, antes ordenó que se diese, por lo cual los marinos rusos que acudieron á él no quisieron tomar parte en ninguna de las danzas, á fin de respetar así la memoria del difunto mariscal.

* * *

Hemos dicho que las fiestas franco-rusas han sido comidilla de la prensa y que acerca de ellas y de su alcance se han hecho muchísimos comentarios. El *Diario de San Petersburgo* dice que el recibimiento de Tolón, no sólo corresponde á los sentimientos de galantería tradicional, innata en el carácter francés, sino también á la antigua amistad que une á las dos naciones y á los dos gobiernos. «Esta amistad, dice, se ha confirmado varias veces por una y otra parte y se confirmará aún más en las fiestas actuales.» Los periódicos ingleses hablan de la significación y alcance de estas fiestas, y dice el *Morning Post* que los franceses estarán por espacio de unos quince días en un estado de excitación, que por lo demás se comprende muy bien, dado su temperamento. «Van á hacer, añade, un entusiasta recibimiento á la escuadra rusa, pero no ha de temerse nada para la paz de Europa de las manifestaciones de Tolón. No serán más que la expresión de un sentimiento generoso. La aparición de la escuadra rusa en Tolón es en realidad una visita hecha en cambio de la visita de Cronstadt, y no prueba otra cosa más sino que Rusia se halla dispuesta á unirse á Francia ó Francia á Rusia en todas las circunstancias, así como la visita de la escuadra inglesa á los puertos italianos no supone que el Reino Unido ligue su suerte con la de la Triple Alianza.»

* * *

El 17 de Octubre cumplieron cien años de la ejecución de la desgraciada reina María Antonieta. A propósito de este centenario, uno de los periodistas franceses de más brillante talento escribe en un diario de París las siguientes atinadas y profundas observaciones:

«Cien años ha que, en semejante día, la desgraciada madre, separada de sus hijos, colmada de toda clase de ultrajes y de calumnias, envejecida y descolorida, recorrió, sentada sobre el carro de ignominia, las calles de París, y fué á entregar al verdugo, que había decapitado á su marido, aquella cabeza que había sido objeto de adoración.

»Si recordamos aquel asesinato que deshonró á la Revolución, no es ciertamente para reavivar rencores y resucitar odios; puede llorarse á aquellos mártires sin mezclar la venganza con el dolor; sólo nos embarga el alma la contraposición que ofrece el París de cien años atrás con el París de hoy. Hace cien años se aplaudía el asesinato de una Reina; hoy no hay bastantes voces para aclamar al representante del poder absoluto, del derecho divino en el supremo grado, al Czar, y este progreso, este paso inmenso no ha necesitado un siglo para realizarse; no han sido menester más que unos cuantos años.

»No sería menester remontarse muy alto en la historia de la tercera república para encontrar los días en que nosotros, monárquicos, estábamos solos en oponer nuestro respeto hacia el emperador de Rusia á las injurias que partían de los periódicos republicanos y que nos sería fácil recordar, si no quisiésemos evitar á nuestros colegas el rubor de la vergüenza. Somos demasiado atentos para hacerles esta atroz jugada y preferimos olvidar lo que ellos mismos olvidan presurosos y con precipitación.

»El arrepentimiento tiene derecho á la indulgencia, pero los que tan pronto cambian de modo de pensar no pueden encontrar mala nuestra persistencia en la fidelidad y nuestra constancia en maldecir, en este día, el crimen más odioso y más vil de la Revolución.»

* * *

Como indicamos en otro lugar de esta Crónica, Francia acaba de perder al mariscal conde de Mac-Mahon, duque de Magenta, que ha muerto octogenario y que ha sido una de las modernas glorias militares de aquella nación. Descendía el difunto de una noble familia irlandesa, según lo indica su apellido, y después de haberse distinguido en la Argelia, donde hizo merecidamente una rápida carrera, fué en 1855 á Crimea á encargarse del mando de una división. De nuevo brilló allí su estrella militar alcanzando el mayor y más señalado triunfo en la toma de Sebastopol. De regreso á Francia fué nombrado individuo del Senado Imperial y colmado de honores y distinciones, desempeñó gran papel en los años más esplendorosos del gobierno de Napoleón III. En la guerra de Italia debióse, en parte principal, si no única, á su pericia militar la victoria de Magenta, de donde el ducado con este título que le concedió el Emperador. En la guerra franco-prusiana de 1870 fué herido y de ella salió incólume su gloria militar, aun cuando no la acrecentó en lo más mínimo. Tampoco añadió un quilate á su fama la presidencia de la República, que desempeñó después de la caída de M. Thiers. El mariscal Mac-Mahon, hábil y valiente militar, no tuvo acaso el valor cívico necesario, la firme resolución de hacer sentir el peso de su personalidad importante en la marcha de su patria, con lo que tal vez hubiera evitado días muy dolorosos para sus más sagrados intereses. Por lo demás, noble de corazón, caballeroso y católico, Dios le habrá concedido en una vida mejor el premio de sus buenas obras.

* * *

Calmado algún tanto el alborotamiento, en gran parte ficticio, que se produjo ante las primeras noticias de Melilla, el Gobierno va llevando á cabo los preparativos necesarios para escarmentar á las audaces y bárbaras kabilas del Riff. Se envían allí las fuerzas convenientes de artillería é infantería y se dispone todo para tomar la ofensiva en los primeros días de Noviembre, no, repetimos, con el fin de emprender una nueva guerra de Marruecos, sino sólo de dar una severa lección á aquellos africanos y de construir, al propio tiempo, los fuertes indispensables para evitar la reproducción de matanzas como la que ocurrió últimamente en el campo de Melilla.

B.

Sor Verónica



ERÍAN las siete de la noche cuando al acabar de vestirse, en la estrecha celda en que dormía, después de comer, oyó sor Verónica que llamaban á la puerta. Era la madre superiora, que acabadas unas diez cuentas del rosario, entró en el aposento.

Respetuosa, inmóvil, casi temblorosa, en la actitud de sumisión que engendra el hábito del sacrificio, sor Verónica esperó á que la reverenda madre le dirigiera la palabra.

—Hija mía, el Señor le llama á usted otra vez á la cabecera de una moribunda. Bien sé que las cuarenta noches pasadas junto al infeliz niño que Dios, en su infinita misericordia, ha tenido á bien llamar á sí esta mañana, la han extenuado: por esto pensaba darle una semana de descanso; pero la Providencia lo ha dispuesto de otro modo. Todas nuestras hermanas tienen trabajo, y yo misma he de velar á la anciana marquesa de Mainvilliers. Me veo, pues, obligada á confiarle el cuidado de asistir á una anciana sin recursos de ninguna clase, y por consiguiente, más estimada de nuestro Divino Esposo. ¿Se siente usted con fuerzas para ello?

—¡Bendito sea el nombre de Jesús! Él no niega las fuerzas á los que trabajan para su gloria. Nunca me había sentido tan bien dispuesta, mi reverenda madre; estoy ya restablecida y animosa con sólo considerar que puedo dar á Dios algo de mi propio ser.

—Pues la anciana Lecreux de Ronceville necesita su asistencia. Está enferma del tífus. Sus vecinos, los esposos Robión, vendrán á buscarla á usted dentro de una hora; tome usted la manta, porque á pesar del calor que se siente en estos días de Mayo las noches son frescas, y una vez en el cuarto de la enferma, no olvide usted las lociones fenicadas. Ya sabe usted que es un pecado exponer la vida sin necesidad. Tendrá que hacer usted dos horas de camino en un carro sin toldo, pero irá bien acompañada: los Robión son buenas personas, muy cristianas, de las que el señor cura me ha dado excelentes informes. Le darán á usted de comer y le ayudarán en los cuidados de la Lecreux. Allí podrá usted dormir. Por la tarde la señorita Robión la reemplazará á usted.

—Ya estoy dispuesta, reverenda madre. ¡Que el santo nombre de Jesús sea glorificado!

Al cabo de una hora el carro de los Robión salía velozmente arrastrado por un magnífico caballo de labor, y traqueteando sobre el empedrado de Malesherbes se perdía luego en la blanca línea de la carretera que serpentea y da vueltas entre los bosques, ocultándose bajo la rica alfombra de verdura que sobre ella tejen los gigantescos álamos, los espesos olmos, los rígidos pinos, las altivas encinas, las retorcidas acacias, los fresnos melancólicos, los atrevidos sicomoros y los frondosos plátanos.

Al salir del pueblo, la cuesta era dura y el tordillo iba al paso lento de la labor. Después de algunas lamentaciones sobre la cruel enfermedad que sufría la vecina, guardaron los Robión un profundo silencio. Los campesinos no están acostumbrados á hablar durante la noche. Sor Verónica sacó de un cestillo de paño negro, que llevaba, un oficio de la Santísima Virgen, y se puso á leer en voz baja los versículos iluminados por los rayos de la luna.

Del fondo del valle percibíanse armoniosos cantos, cuyas notas culminantes las daban los batracios. El silbido corto y singular del sapo cortaba acompasadamente la confusa, continua y ensordecedora gritería de las ranas. De vez en cuando la culebra hacía sentir su solo de flauta, muy parecido, si bien que menos intenso, al solo del sapo, al que oculta entre los juncos acechaba impaciente. Entre la espesura de los bosques, con excepción de la sordina intermitente del cuco, de los agudos gritos del mochuelo y de los lejanos alaridos del buho, los ruiseñores eran los únicos concertistas en aquella nocturna sinfonía; causaba maravilla verles cómo se disputaban el puesto de honor entre los virtuosos, mientras los ancianos Robión roncaban, el tordillo daba fuertes resoplidos, exhalando dos

corrientes de vapor que salían de sus pulmones, y golpeando con sus cascotes aplastados el afirmado del camino.

Sor Verónica continuaba moviendo maquinalmente los labios, distraída, pero su devocionario estaba abierto en la misma página y su mirada se perdía por encima de las hojas gastadas por el continuo roce de los dedos de la angelical hermana, la cual permanecía absorta en la contemplación del impenetrable misterio del bosque.

Muy luego, silenciosa, con los labios entreabiertos por el éxtasis, los oídos acariciados por las armonías de aquella noche de Mayo, la mirada dominada por el claro resplandor de la luna que coronaba los árboles y por las grandes y poéticas sombras dulcemente agrupadas sobre el camino, aquella esposa del Señor sentíase de nuevo y de un modo inconsciente mujer, y se abandonaba á los recuerdos de su juventud todavía no acabada. Apareciósele como en un sueño la magia dolorosa de sus amores terrestres bruscamente abreviados por la muerte, y apresurábase á observar inocentemente, como en las templadas noches de hace cinco años, las variaciones de los trinos amorosos del ruiseñor.

¿Por ventura, durante los arrobamientos primaverales, en el gran parque del castillo donde el destino la había hecho nacer, cuando andaba lentamente, silenciosa como hoy al lado de su primo el conde Hugo de Damblay, oficial del cuarto de húsares, no había oído alguna vez aquellas misteriosas armonías?

El novio, á quien la muerte acechaba para arrebatarlo en una hermosa tarde de Mayo, era alto y muy pálido, sus ojos muy abiertos, claros y azules; su corazón latía con demasiada fuerza, dentro de un tórax aplanado, al impulso de las emociones del amor en aquellas sombrías y espesas avenidas, en cuyas sinuosidades la «traidora muerte» afilaba su arma mortífera.

Ambos dándose la mano y con el corazón palpitante se refirieron más de treinta y cuatro romanzas sin palabras deliciosamente matizadas por el Chopin de los bosques. Y se habían comunicado muy bajito las impresiones siempre idénticas que los bosques evocaban en aquellas almas ya unidas, confundidas y unificadas por el amor de los veinte años.

Hugo de Damblay murió en Mayo, en casa de los padres de la novia, junto á la ventana «de la hermosa Enriqueta,» frente á los gigantescos árboles del parque, mientras el ruiseñor entonaba un nocturno, el mismo que había acompañado su primera explosión de amor.

Una vez en lo alto de la cuesta detúvose de golpe el caballo, y bajando la cabeza bostezando, echaba espumarajos por la boca sacudiendo con el temblor los pesados jaeces que oprimían sus ijares; relinchaba y piafaba despertando á Robión.

—¡Arre, Charlot! gritó Robión frotándose los ojos con su mano rugosa y agrietada como cuero viejo. ¡Arre, Charlot!

—Dispense usted, hermana, nos habíamos dormido... ¡maldita alfalfa!... ¡Arre, Charlot!

Charlot apretó la collarera en las varas del vehículo y husmeando ya las lejanas emanaciones de la cuadra, en donde mascando ramitas de mielga pronto descansaría, levantó las patas delanteras, alargó el trote y emprendió de nuevo su pesada pero magnífica marcha de caballo de rico colono.

Una ráfaga de viento hinchaba la blusa de Robión, cuando éste hizo restallar el látigo á fin de quitarse el sueño, despabilarse y despabilar al caballo.

Al ruido producido por el latigazo despertó la Robión, levantó sus arrugados párpados y miró á la hermana:

—¡Ah, buena hermana! ¿llora usted? No se inquiete; hay enfermos que curan de esta enfermedad. La vaca de Michardon ha tenido lo mismo y el veterinario la ha salvado. La Lecreux curará también. Es una mujer robusta y nada perezosa, y el mal no la abatirá tan fácilmente... Vamos, no llore usted, hermana, ya la ayudaremos nosotros... Además, es mujer muy cristiana y rogaremos á San José que la cure, y ¡vaya! ya verá usted cómo se salva.

Sor Verónica, sin darse cuenta, había llorado. Algunas lágrimas silenciosas y dulces resbalaron por aquellas mejillas, hoy demacradas, pero que cinco años atrás rivalizaban en frescor con las puras y lozanas rosas.

Avergonzada se sonrojó, y balbuceando algunas palabras, dióse un alfilerazo por vía de castigo con el alfiler de forma de espina que sujetaba el crucifijo en su pecho, recitó un *confiteor* y prosiguió, con risueña mirada pero sin contestar, pues no quería mentir excusándose, la lectura de los versículos.

La Lecreux pasó muy mala noche y sor Verónica, en la que tan vivo era el fuego de la caridad, hizo prodigios, pasando de rodillas prosternada todo el tiempo que no inclinaba su cuerpo de aristocrática apostura sobre el camastrojo en donde se consumía ya el verdadero esqueleto de una hija del campo.

Por la mañana el doctor dijo:

—¡No hay esperanza alguna!

Y después de un momento de reflexión añadió:

—Y sin embargo...

Sor Verónica le dió una mirada llena de ansiedad.

—Pero no... es inútil, no podríamos en modo alguno hacer esta prueba aquí. Sería menester una persona de una voluntad de héroe. La infeliz anciana no tiene hijos... ó por lo menos la han abandonado... ¿Quién es posible que se preste al sacrificio?

—Yo, dijo con timidez sor Verónica poniéndose colorada.

—¡Ah! ¡usted!... La necesito para mis enfermos. ¡Pardiez! bien sé que me bastaría una indicación... No, dejémosla morir en paz.

—Doctor, prorumpió entonces le hermana, tenga usted la bondad... ¿De qué se trata?

—Se trata... se trata de hacer la prueba de la transfusión de la sangre, de infundir á este cuerpo corrompido una vida nueva. ¿Dónde quiere usted que encuentre la sangre necesaria, que ha de ponerse en contacto con las purulencias tíficas á causa de las que se muere este pobre cuerpo?

Sin pronunciar una sola palabra, con suma sencillez, como si se tratara de sus ejercicios ordinarios de enfermera, aquella esposa del Señor desabrochóse la manga de su camisa ajustada á la muñeca y mostró su brazo más blanco que el griñón que cubría su cuello, y hecha la señal de la cruz con los ojos bajos:

—¡Vamos! exclamó dirigiéndose al doctor.

Éste, pálido y sin decir una palabra, resolvióse á practicar la operación.

Como la anciana tenía los tejidos de su cuerpo muy gastados, no se salvó, pero tuvo hasta el último instante perfecto conocimiento de lo que la rodeaba.

Al ver á la hermana le tomó la mano en señal de agradecimiento, y sor Verónica entonces, acercándosele al oído le dijo:

—Ahora ya sois algo de mí misma puesto que tenéis mi sangre. Si encontráis en el cielo alguien que de mí se acuerde, decidle que le amo todavía, que le amo en Dios y que hago cuanto puedo para reunirme con él.

La anciana sonrió, y al dar un apretón de manos á sor Verónica exhaló el último suspiro.

Al cabo de tres días enterraban á sor Verónica.

M. DU TARTRE.
(De *Le Figaro*).

La Noche de los Muertos

BALADA DE APELES MESTRES

I

Hay fiesta en el cementerio,
fiesta á la luz de la luna,
que mientras los vivos lloran
los pobres muertos disfrutan.

Una á una se van abriendo
á media noche las tumbas,
y entre crujidos y risas,
la tierra que les sepulta
los difuntos van dejando.
Las lámparas de las urnas
apagan y los blandones
que arden en las sepulturas,
y se entregan á una danza
descompasada y convulsa.

Gime el viento entre los sauces,
graznando huyen las lechuzas,
y el aire los fuegos fatuos
escandalizados cruzan.

II

En tanto, sin tomar parte
en aquella zambra impúdica,
dos muertos van de bracerero
y en la oscuridad se ocultan;
bajo de un ciprés reposan
y en coger flores se ocupan.

«No rosas que se deshojan
ni claveles que no duran,
¡oh mi amor! voy recogiendo
para la guirnalda tuya.

De siemprevivas será
que es la flor que siempre dura,
que es la flor de los amantes,
qué no se marchita nunca.»

Traducida del catalán por
J. TRAJANO MERA.

Mujer

I

HAN enganchado ya, —dijo Alfonso de la Cueva entrando viva y alegremente en el tocador de su esposa, que en aquel mismo instante abría los brazos para facilitar á la doncella la colocación del abrigo, de brocado blanco y plata.—El movimiento del cuerpo

de la dama fué tan gracioso al agasajarse en su magnífica *salida de teatro*; la cabeza chica y atrevidamente peinada á la griega resaltaba con tal donaire sobre el cuello aureolado de piel de cisne, que el joven marido, entusiasmado, iba á permitirse alguna familiaridad indiscreta, á no contenerle expresiva ojeada, entre maliciosa y suplicante.

La doncella, muy seria y digna, murmuró:

—No me ha mandado la señora sacar abanico ni pañuelo. ¿Se la olvida á la señora?

—¡Es verdad! exclamó Ana. Saque usted un pañuelo... cualquiera... de encaje... y el abanico de los pastores... el de concha.

Mientras la doncella abría y cerraba armarios, los esposos, alborozados y risueños, trocaban señitas como *dos novios*.

En efecto, eran casi novios todavía; su luna de miel *contaría de fecha cinco meses*. El *casamiento se había verificado* en Julio, con gran aparato y pompa, en casa de los padres de Ana, los marqueses de Monclares; y después de la ceremonia, los desposados salieron hacia París, prolongando luego el viaje, perdiéndose en los bonitos y aislados hoteles de Alemania y Suiza, desgranando el tiempo á placer y según el capricho de su pasión nueva y fresca. Porque conviene advertir que, á pesar de las razones prácticas y de vanidad que habían influido en el enlace—los Monclares nobles recientes y opulentísimos, los la Cueva nada acaudalados pero de la pierna del Cid—á pesar de la vulgaridad y la rutina elegante que presidió á la boda, á pesar del pasado borrascoso y el bullicioso genio de Alfonso, que contrastaba con el carácter grave y firme de Ana,—la posesión, la vida común, y sobre todo alguna otra causa de esas que no se explican, porque pertenecen á la esfera de lo indefinible, hicieron *germinar, crecer y abrirse la flor rara y exquisita de un grandísimo amor*, que llamaré *conyugal*, sólo porque Ana y Alfonso estaban casados ante la ley, pero que unía la dulce seguridad de los afectos lícitos á la inquieta vehemencia de los extralegales.

Ha de saberse que en el alma de la esposa no brotó la flor así de pronto. Recelos de niña millonaria, que teme no ser querida por sus propios atractivos; pudores de un espíritu que necesita tiempo para no avergonzarse de la dicha; involuntario miedo al hombre, que ya nada ignora, y tal vez se ha cansado de todo; recato de mujer honesta, tardía en rasgar el último velo; aplazamientos naturales en un carácter que sabe aguardar porque sabe perseverar también—todo esto hizo que la conquista de Ana no fuese fácil para su marido, habituado á más rápidas victorias.—Alfonso de la Cueva contaba con una señorita pasiva y dócil: encontró personalidad y algo que pudiera llamarse *resistencia moral*: su *corazón se interesó*, y ya interesado, le sirvió de buen consejero para lograr lo que con todas veras apetecía. Los azares y sorpresas del viaje le ayudaron, creando intimidades deliciosas, dejándoles solos ante la naturaleza, el arte y los recuerdos, suprimiendo amigas, amigos, parentela, negocios y cuidados, y concentrando todas las facultades de la sensibilidad en un punto: el cultivo del naciente amor. Poco á poco Ana iba transformándose, y Alfonso tuvo la suerte de asistir al precioso espectáculo, al diorama en que el país nevado se borra, y le reemplaza insensiblemente el Vesubio en ignición, derramando lava y coronándose con un penacho de fuego.

Cuando regresaron á Madrid hallábanse los dos esposos en la mejor disposición para vivir muy felices al amparo de todas las leyes é instituciones divinas y huma-

nas. ¡Caso en verdad poco frecuente, y por lo mismo ejemplar! Alfonso (sin que le pesase la mucha hacienda adquirida por medio del casamiento), antepone ya el cariño de su Ana á las riquezas, de que no pensaba abusar, sino usar en buena compañía, formándose una vida de familia y de sociedad muy agradable, muy decorosa, llena de legítimas satisfacciones, con la alegría de la prole que continúa el linaje, y la consideración, blanda almohada de raso donde reposa á gusto la encanecida cabeza. De sus tiempos de soltero quedábanle á Alfonso memorias de mil aventuras estériles, de amargo ó vulgarísimo desenlace; de mil apuros y reprimendas paternas; de una existencia insegura, falsa, borrascosa, agitada por la mentira del placer, la humillación de amor propio del noble relativamente pobre... y nunca embellecida por el rastro luminoso de la gran adhesión femenil, que en el matrimonio había venido por fin á encontrar. No, Alfonso no echaba de menos el estado de soltería. Era dichoso.

Y Ana lo era más aún, por la juventud virginal de su alma, que poblaban divinas ilusiones. Tenía Ana una de esas naturalezas generosas, que en cada edad realizan todo el contenido de ella, siendo traviesas y descuidadas en la niñez, soñadoras en la primera juventud, apasionadas en la segunda, desengañadas y reflexivas en la madurez, serenas en la ancianidad. — Suspensa entre el sueño y la pasión, Ana tenía á su Alfonso retratado en el alma con tales colores y tales rasgos de belleza, que si él se viese, no podría menos de temblar; porque el idealismo de la mujer constituye peligro horrible para la mayor parte de los hombres; puede ser lo que es la claridad del día para la tez ajada que sólo se ha contemplado á la luz artificial.

Algunas veces, en momentos de expansión, Ana, recostada sobre el pecho de su marido ó entretenida en alisarle el negro pelo, le había dicho lo que de él pensaba. «Te conozco ya... te sé de memoria, Fonsín. Tú has sido un poquillo... así... mala cabeza...» «No, hija... lo de todos... es decir, lo de todos cuando no son unos madamitas ó unos sacristanes como Manolo Andújar...» Es de saber que Manolo Andújar, muchacho muy católico, y primo de Ana, la había pretendido, recibiendo calabazas formidables. «No, no; tú has ido más allá... ya estoy impuesta, ¿sabes? Hubo locuritas, señor mío, se ha hecho el diablo á cuatro... Lances, conflictos, calaveradas gordas... ¡Si me dirás á mí!... ¡Estoy yo más fuerte en la historia de Alfonso XIV!» Al oír tales afirmaciones la Cueva sonreía con discreta fatuidad, halagado. Realmente, el concepto que expresaban estas frases tenía mucho de lisonjero. — Ana, en su desconocimiento absoluto de ciertas esferas sociales y del significado de ciertas palabras, entendía la de *calaverada* de un modo romanesco, literario, sin realidad alguna. El aspecto vulgar, innoble, mezquino, cursi y hasta aburrido que toma el vicio en capitales pequeñas como Madrid, y más para señoritos de corta hacienda, no lo sospechaba siquiera Ana; la vieja y siempre gallarda silueta del *Tenorio* flotaba en su fantasía, y la idea de haber *redimido* á Alfonso la estremecía de placer. ¿A qué negarlo? El hombre debía ser así: mocedad azarosa, pendenciera, arrogante, hasta que el verdadero amor le aparta de la extraviada senda. ¡Pobre Ana! «Ahora vida nueva, Fonsín, decía atrayéndole á sí y apretándole las sienes con delirio. ¿No es cierto que nunca fuiste tan feliz? Claro, me lo has dicho cien veces... pero siempre gusta oírlo. Ahora, juicio, nada de historias; el mal genio y el puntillo de honor bajo llave... y la llave me la das á mí... ¿eh? Ya tengo otra: ¿no dices

que la del corazón? Pues así son dos las que guardo muy guardaditas... No las suelto.»

Al regreso del viaje, en medio de la grata faena de instalarse en el flamante hotelito de la calle de Ferraz, — todo coquetón y emperifollado, vestido de cretonas, sedas y tapices, con la atmósfera oliente á barniz y madera recién labrada, y el jardincillo recortado á tijera, lleno de macetas cucas. — Ana reiteró las mismas advertencias hechas durante el camino. Por la noche, cuando no salían — y era muy á menudo — sentábanse cerca de la chimenea de leña, lumbre clara que combatía las primeras humedades y el frío, ya sensible, de Noviembre, y más tiempo abrazados que distantes, charlaban con la efusión y la inagotable locuacidad de los que no se separan ni una hora — únicos que tienen siempre qué decirse. — El periódico de la noche, que les traían á cosa de las diez, solía quedar sobre la mesa, doblado como había venido en la bandeja de plata. Tan cierto es que los que tienen plenitud de vida interior prescinden del mundo exterior con magnífico desdén.

Hay, sin embargo, en el amor satisfecho y venturoso, alternando con la tendencia á aislarse, otra á dejarse ver, á ostentar ante los ojos de la gente gala de tanto precio, que á tasarla en lo que vale, por ella se desdeñarían perlas y solitarios. En los recién casados estimula el deseo de salir á vistas la pueril é inocente vanidad de enseñar las galas, los trajes de atrevido corte, de París, los aderezos deslumbradores, — y sobre todo el palmito de la novia, realizado por el nuevo estilo de vestir y el nuevo modo de vivir.

Esta primera exhibición en público la realizaban Ana y Alfonso la noche en que hemos visto que la novia se olvidaba de accesorios tan indispensables como el abanico y el pañuelo. Iban á una tertulia semanal; el tresillo de su tía, la marquesa de Lanzafuerte. La marquesa, al encontrar á los novios una tarde de otoño en la Moncloa, les había echado, entre bromas y veras, una peluca: que no la hacían caso, que la nueva sobrina no se dignaba aportar por su rincón, que hasta los tórtolos salen alguna vez del nido... Y fué el mismo Alfonso quien dijo un miércoles, entre el helado y el asado: «Nitis, feúcha, ¿crees tú que es cosa de ir mañana?» «Pecho al agua; iremos.» «¿Te pondrás el vestido de Félix, el azul?» «Si quieres... Pero no; es demasiado estrepitoso, con aquel volantazo, para un jueves como otro cualquiera. Sacaremos á relucir el gris... y las turquesas, bueno.» «Hoy te probarás esos trapos, Nitis: así tendré yo las primicias.»

Hasta que estuvieron reclinados en el coche, el marido casi oculto bajo la amplia y crujiente faldamenta de la mujer, no sintió Ana la aprensión instintiva que nos causa toda variación de costumbres en medio de un período de bienandanza completa. Una ligera opresión en el pecho, una cavilación involuntaria que la hizo enmudecer, fueron los síntomas primeros de su estado de alma. Y lo singular es que Alfonso también parecía pensativo y guardaba silencio, afectando mirar por el vidrio, que empezaba á empañarse, la sucesión de casas y la alternativa de sombras y luces que en ellas proyectaban los faroles. Las ideas desagradables de Ana se concretaban ya: eran vaguedades celosas, temor al mundo y á la sociedad, que podía robarla su tesoro. ¡Alfonso valía tanto! ¡Existe en Madrid tantísima mujer de presa, ladrona de almas! Y al pronto, sólo este riesgo presintió.

Otra clase de recelos rumiaba Alfonso... Estos sí que eran amarguillos; se asemejaban al desasosiego involuntario de la mala conciencia. — Él sabía que al hacer corte de

cuentas con la vida de soltero, no había saldado todas sus deudas morales con la puntualidad escrupulosa del pagador honrado... Más de una vez se había declarado insolvente, y más de una vez, con astucia ó con descaro, eludiera el reconocerse deudor... Y temía por instinto, lo que temen todos los que conservan en su poder algo ajeno: oír la voz, ver la cara del acreedor maldito... Sacudió aquella pesadilla cuando entraban en la calle del Arenal.

—¿Nitis?

Ella se volvió de pronto, sonriendo... Y los dos, como si despertasen de un sueño angustioso, se buscaron las manos en la tibia semioscuridad de la berlina.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará).

La flora de Tenerife

SEGÚN las mitologías de algunos pueblos de la antigüedad, el jardín de las Hespéridas, en el que los árboles producen frutos de oro fino, estaba situado en unas islas próximas al continente, que fueron hundidas por los Atlantes. Estas islas, en opinión de nuestros modernos geógrafos, debían ser las actuales Canarias.

No es de extrañar, por lo demás, que en los tiempos fabulosos fueran aquellas regiones consideradas como jardines encantados y maravillosos. La flora, en estas islas felices, es, en efecto, abundante y variada, de modo que pocos países pueden ofrecer á los viajeros conocedores de la materia tan vasto asunto de admiración. En este concepto, la isla de Tenerife es en particular muy interesante, y lo es principalmente por la extraordinaria variedad que su vegetación presenta.

En efecto, gracias á los diferentes climas que se encuentran en las distintas comarcas, según su altura, se observa que á poca distancia se cultivan plantas de países templados y de regiones tropicales.

La parte occidental de la isla está resguardada por modo admirable de los vientos desecantes del desierto; hállase poblada por una vegetación exuberante, y aun en ciertos valles, entre otros los del Orotava, crecen varios de los más curiosos ejemplares del mundo vegetal.

Allí, en efecto, se han encontrado los dragos más colosales que se conocen.

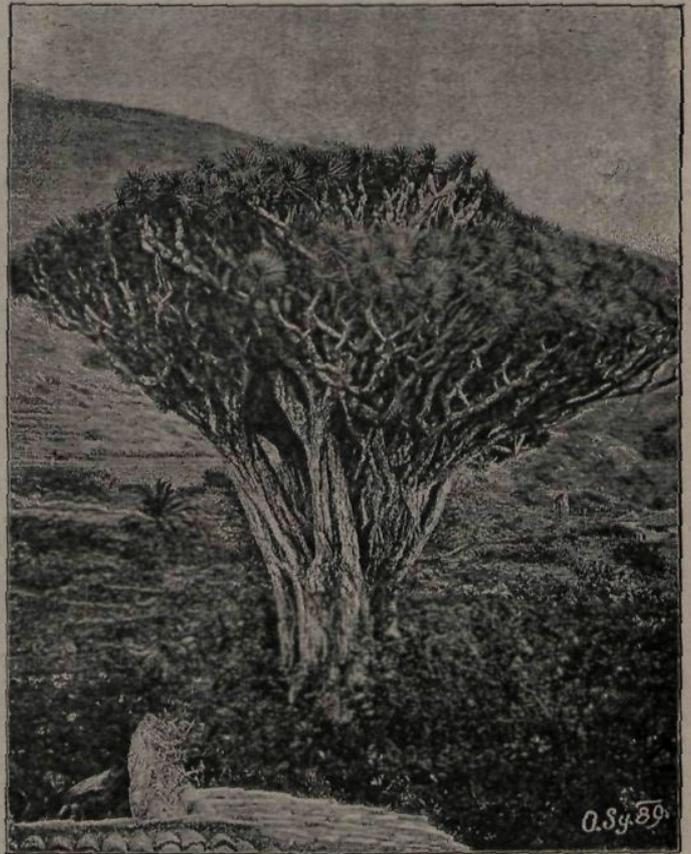
El *dracona draco*, representado en el grabado, es uno de los más bellos ejemplares conocidos de la especie. Esta planta es monocotiledónea, de la familia de las tiliáceas, grupo de las asparagidas, y debe su nombre á una especie de resina roja de la naturaleza de la sangre del drago que traspira de su tallo.

El drago tiene muchas ramas en la extremidad superior cuyas hojas son casi carnosas; sus flores, fasciculadas por cuatro ó cinco hileras en panículos terminales ramosos, con ramas unidas de tres en tres y provistas de un perianto coroloide, tubuloso, profundamente dividido en seis segmentos iguales. Los estambres, adheridos al cuello del perianto, son en número de seis. El ovario libre, sesil, á tres celdillas, está coronado de un estilo cilíndrico terminado por un estigma trilobado. El fruto es una baya subglobular que contiene una ó tres pepitas.

Estos son los caracteres botánicos de aquella planta, de la cual algunos ejemplares causan verdadera admi-

ración, á causa de sus extraordinarias dimensiones y por la prodigiosa duración de su existencia.

De Humboldt, en sus notas de viaje, nos habla de un drago gigante del valle de Orotava, al que atribuye diez mil años de existencia; el tronco mide diez y ocho metros



El drago mayor de las islas Canarias

de circunferencia; hoy día ya no existe, una fuerte borrasca lo derribó.

Otro de los vegetales dignos de llamar la atención entre los que se crían en Tenerife, es el agave.

Los agaves son plantas que pertenecen á la familia de las amarilídeas; se crían en abundancia en las regiones tropicales, tienen el tallo corto y grueso con hojas alternas, anchas, carnosas, agudas en su extremo, provistas en sus bordes de espinas, y en su parte superior cóncavas, de modo que pueden ajustarse exactamente en el botón ó yema.

El aspecto del agave recuerda el de los aloes, con los que comunmente se confunden.

El desarrollo del agave presenta dos fases distintas; en la primera, por lo regular muy larga y que precede á la florecencia, el tallo se conserva muy corto y las hojas están muy cerca unas de otras, formando una especie de roseta muy apiñada.

Durante este período el vegetal no hace más que acumular en el interior de sus tejidos materiales de reserva. Esto no impide, sin embargo, que cuando llega el tiempo de desarrollar el aparato floral, se separe del tallo del agave un ramo que florece rápidamente, alcanzando una altura de algunos pies, y en cuyo extremo superior aparecen varias cimas multiflores, cuyo conjunto forma una especie de panículo terminal.

La producción de este pedúnculo floral se verifica á expensas de los materiales de reserva acumulados anticipadamente en las hojas y el tallo.

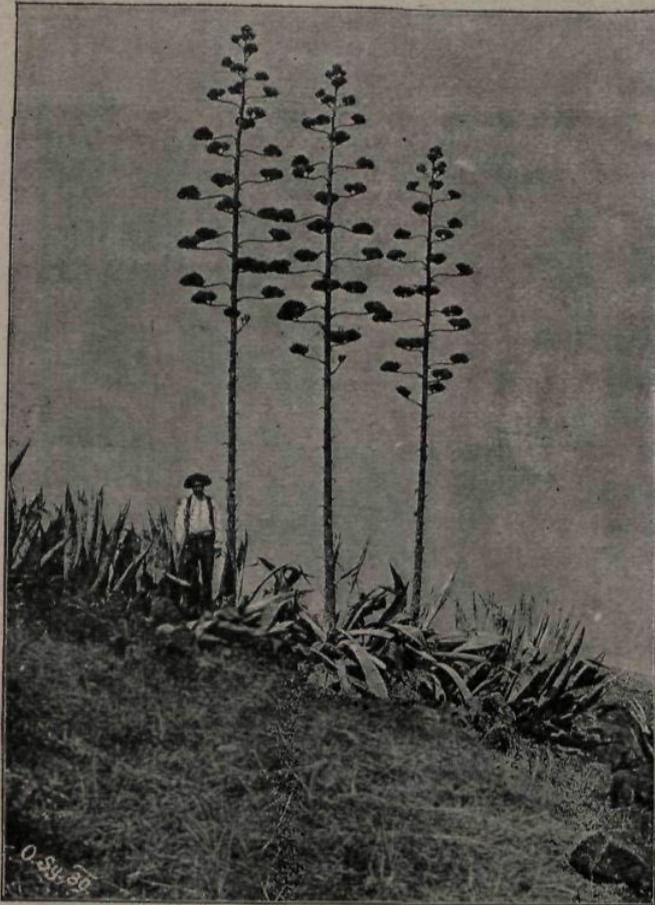


ENTRADA DEL VALLE DE LAS TUMBAS, EN EGIPTO



LA CRIPTA DEL MONASTERIO DE CAPUCHINOS, EN PALERMO

A pesar de su origen, los agaves son vegetales bastante fuertes y pueden resistir muy bien todas las estaciones del año. Entre nosotros sólo merecen alguna atención considerados como plantas de adorno, y, sin embargo, pueden muy bien figurar en el número de los vegetales útiles. El *agave americano*, que hoy día se ha extendido por todo el globo, es, bajo el punto de vista de la utilidad, muy notable. Gracias á sus inmensas hojas carnosas, de un color verde oscuro, provistas en sus bordes de puntas muy fuertes que alcanzan hasta dos metros de longitud, es



Agaves en la eflorescencia

extraordinariamente útil para la construcción de cercas; además, sus hojas se utilizan en la industria de fibras textiles y ordinariamente, con el nombre de fibras de áloes, se emplean para la fabricación de ciertos tejidos, hamacas y redes.

Los mejicanos aprovechan además el líquido que se desprende de las hojas del centro en cuanto se las separa del tallo. Este líquido, sometido á la fermentación, constituye una bebida que ha recibido el nombre de *pulque* y se parece bastante á la cerveza.

El pedúnculo floral del *agave americano* alcanza algunos metros de altura y crece con rapidez maravillosa: baste decir que su desarrollo completo se verifica en el espacio de un mes.

En Tenerife los agaves se plantan en los límites de los campos, al modo que en Europa se plantan nogales, castaños y otros árboles frutales.

Entre las muchas plantas que componen la flora de las islas Canarias, no son únicamente los dragos y los agaves los vegetales dignos de ser estudiados. Hay algunas plantas de la familia de las euforbiáceas, entre otras la *euforbia canariensis*, que á veces alcanza dimensiones extraor-

dinarias. Tiene un tallo fuerte, carnoso, anguloso y provisto de espinas; por su aspecto general recuerda el caucho. Algunos de estos vegetales presentan el aspecto de verdaderos matorrales y los hay que alcanzan un diámetro de algunos metros.

En la playa vecina al puerto de Orotava se encuentra uno de los ejemplares del *euforbia canariensis* que mide ocho metros de anchura. Como todas las euforbias, el canariensis posee abundantes vasos laticíferos, y cuando se le practica el más pequeño corte en su tallo, deja transpirar un jugo resinoso que tiene propiedades drásticas y se emplea en caso necesario para producir en el exterior efectos vejigatorios.

Sus flores hermafroditas son regulares; los estambres con anteras biloculares están dispuestos en cinco haces opuestos á las divisiones del perigonio floral.

El ovario es trilocular, y cuando está maduro cada una de las celdas menospermas que lo componen se separa del eje central y se abre con elasticidad, de modo que queda en libertad una semilla más ó menos cubierta de un arillo más ó menos carnoso.

Las euforbiáceas, tan poco abundantes en nuestros climas, en las que sólo se ven algunas muy bajas, se hallan, por el contrario, en abundancia [en ciertas regiones tropicales, particularmente en la América ecuatorial.

La *euforbia canariensis*, que crece particularmente en Tenerife y en las demás islas del Archipiélago de las Canarias, es una de las más grandes especies de las euforbias.

PEDRO GRANDSELVE.

Mi álbum

EPISODIO TRÁGICO

CONVERTIDO, más que en el escuadrón disperso de una batalla, en horda que destroza y rompe cuanto encuentra al paso, subió de la campiña un resto de jinetes del combate, y penetró, sonando los cascos de pedernal contra el suelo, en la larga angostura limitada por bastidores de rocas de la vía férrea, la cual iba ganando en amplios círculos las alturas del monte.

Un galopar furioso excitaba el sudor de los caballos, que caía en gotas calientes sobre las piedras. Ni monturas, ni rendajes, ni bocados llevaban los relinchadores cuadrúpedos, que aún traían impreso en las anchas fosas nasales el dislocante olor de la pólvora.

Sólo un amontonamiento de crines revueltas, de brazos echándose como forzudos garabatos al aire, de ancas estremecidas, de belfos cubiertos de espuma y sangre y de seres humanos con el desencajamiento del delirio en los ojos, componía aquel tropel de guerra que huía de la muerte.

En los pechos ardía un sentimiento atroz de venganza; cuanto hallasen delante caería deshecho, tronchado, fuesen personas ó haciendas. Aquello era el hambre, la indisciplina, el odio, la fiereza, la depravación y lo contrario de toda justicia, á caballo.

—Cada uno queda en libertad de hacer lo que quiera, repitió el jefe de la tropa agitando el sable como un rayo.

Y un rugido de feroz alegría rasgó todas las bocas y vació, como tromba, el aire de los pulmones.

Un ruido de palos descargados en la cabeza de las bestias, un talonear sordo y recio en los ijares de los

brutos, un redoblar inmenso de pisadas, de alientos robustos, de gritos, sucedió á la voz del capitán.

¡Soberbio espectáculo de fuerza! El túnel sin arco, el talud gigante por donde huían aquellos, más que cuadrúpedos, relámpagos, devolvía las sonoridades tremendas y fingía un derrumbarse de montaña.

Sola estaba una mujer á la salida del talud, con un niño de unos tres años cerca de ella. Horrorizada, absorbida por el instinto de conservación que despierta el aparato de la muerte, huyó y se escondió no se sabe en qué sitio. El niño quedó al borde de la senda en el instante de desembocar el escuadrón, y antes que estallar en llanto, animó su rostro con una expresión de alegría. Acaso la afición de los pequeñuelos á los caballos, tal vez el ansia prematura de verse volando á lomos de un resoplante bruto, arrancaron aquella llamarada de alegría de su faz.

Era rubio el niño, con cabellos todo luz, ojos grandes y llenos de majestad, tez en la que parecían haber colaborado hojas de rosa y plumas de cisne. Llevaba por juguete una fingida arma de fuego, y en la gorra, que sujetaba la espléndida sublevación de sus rizos, se leía: «¡Viva la patria!»

—¡Pues vivan los valientes! clamó, y fué contestada por las demás voces, la del que hacía de jefe del tropel.

Y tirándose un jinete al suelo, estampó un sonoro beso al niño. Lo encajó luego sobre la cruz del caballo, lo afianzó, y la horda siguió su huracanada carrera.

Entonces, en el escape furioso, ocurrió un espectáculo sublime. Todos los jinetes, guiando sus bridones, escaparon en seguimiento del muchacho; se precipitaban, encerraban á un lado y otro, en la carrera, al soldado que le conducía, le acosaban, le tendían los brazos, y una lluvia de besos echados al aire caía sobre la rubia cabeza del improvisado triunfador!

—¡Venga que quiero yo llevarlo!

—¡No, venga á mí!

—¡A mí!

—¡A mí me pertenece, que fui quien lo vió primero!

—¡Pues yo tengo la vez!

—¡A mí me toca luego!

Y de aquellos pechos, de los que nadie esperara ver salir sino rayos y muerte, se levantó una ola avasalladora, imponente, de amor humano en su manifestación más hermosa.

El niño pasaba de un caballo á otro, recaudaba atropellados besos, recogía entusiastas abrazos, y quién le improvisaba unas riendas para que guiase el correr desatenuado y loco; quién le llevaba de pie sobre la cruz del bruto; quien le hacía cuna con los brazos y le miraba con ojos de ternura.

El relieve desmesuradamente soberbio del cuadro se grababa en el alma con fuerza extraordinaria.

Habiase tornado más apiñada que nunca aquella masa disuelta que aún hacía falta en la batalla, porque el enemigo perseguía á todo correr á los fugitivos.

El corazón de aquellos hombres se había elevado cien mil codos desde la aparición del niño. Serían ahora capaces los perseguidos de hacer huir á los perseguidores.

De pronto apareció otro más lejano tropel de caballos: eran los enemigos, que á escape también conducían á una mujer que habían recogido para cantinera; era la madre del niño.

Las dos fuerzas contrarias pusieronse una frente á otra.

—¡Por nuestro niño, á vencer!—desgajó de su garganta el capitán.

Los dos bandos se arremetieron con ímpetu ciego. Espadas, cuerpos, caballos, se hicieron una sola masa terrible, inmensa.

Aquello tocó en lo trágicamente sublime de la guerra...

Cuando sólo quedaban dispersos algunos jinetes de ambos bandos, los que habían venido persiguiendo alzaron en brazos un niño rubio, que habían hecho cautivo á las fuerzas contrarias, y dijeron:

—¡Ved lo que hacemos con vuestro héroe!—y de un tajo dejaron tinta en sangre su cabeza.

—¡Y ved lo que nosotros hacemos con vuestra cantinera!—contestaron roncós de ira los otros, y le separaron la cabeza del tronco.

SALVADOR RUEDA.

NUESTROS GRABADOS

Ruinas del Rameseum, en Egipto

Ramsés II fué uno de los más insignes faraones del antiguo Egipto. Recibió honores reales al nacer, y á los diez años se le había revestido con el título de general, porque desde la niñez había dado pruebas de poseer extraordinarias cualidades militares. Triunfó de sus enemigos, y bien puede decirse que llenó el Egipto de monumentos, figurando entre los más famosos que levantó el Rameseum, así denominado del nombre del mismo faraón. La arquitectura egipcia presenta una inmovilidad que trae á la mente la idea de la muerte. Esta idea presidía todos los actos y aparece en todos los monumentos del pueblo egipcio. En uno de los patios del Rameseum hay adosadas numerosas representaciones de Osiris en forma de momia, con el rostro vuelto hacia el patio. Este monumento ofrecía un doble carácter conmemorativo y funerario. Diodoro Sículo lo apellida el Sepulcro de Osymandias. Su fundación se halla relacionada con uno de los principales sucesos de la vida de Ramsés II, quien en una sangrienta batalla empeñada cerca de Kadesch, la capital de los chetas, se defendió bizarramente contra las numerosas fuerzas que le rodeaban, abriéndose camino con su espada, y arrollándolas luego hasta obligar al ejército cheta á que se precipitase en el agua, donde desapareció. Esta hazaña se halla celebrada en un poema egipcio, en el cual pone el poeta en boca de su héroe el faraón las palabras: «Estaba solo, completamente solo.» En las vastas superficies del Rameseum, en sus salas hipostilas, se ve representada la batalla que dió origen á la fundación del monumento, por medio de los esgrafiados policromos que los artistas egipcios emplearon como medio de decoración en el interior y exterior de los edificios. Las ruinas de toda la fábrica son imponentes todavía y revelan la grandiosidad y magnificencia que hubo de tener en los tiempos de Ramsés II y de sus sucesores.

Entrada del Valle de las Tumbas en Egipto

Cuanto viajeros han recorrido la región en donde se halla asentado el viejo Egipto, tan floreciente en la antigüedad y hoy desolada y solitaria, recuerdan con viveza la impresión que les causó el llamado «Valle de las Tumbas,» ó «Valle de los Muertos.» La naturaleza toda contribuye á aumentar la impresión de tristeza y profunda melancolía que allí se siente. Rodean el valle montes peñascosos, desnudos de vegetación, en los que dominan las tintas apagadas de las piedras graníticas y, en particular, la entonación cenicienta. Los flancos de las montañas están llenos de hipogeos que sirvieron de enterramiento á los egipcios, singularmente á los pertenecientes á clases elevadas por su riqueza, por su talento ó por los méritos adquiridos en la gobernación del Estado. Allá en aquellas cámaras sepulcrales, muchas de ellas llenas de pinturas ó de esgrafiados, se depositaron hace veinte y veinticinco siglos, y aun más tarde, los cadáveres de los personajes á que aludimos, algunos de regia estirpe, embalsamados al modo egipcio, vendado el cuerpo centenares de veces, y puestos en ataúdes de madera, cubiertos á su vez de pinturas relacionadas con la vida del difunto. La sequedad que reina siempre en el Egipto conservó los ataúdes y las momias, de donde el número extraordinario de los unos y de las otras que se encuentran en los museos de todo el mundo. La ciencia ha sacado de aquellos hipogeos tesoros inapreciables para la historia y para la filología. Los egipcios tributaban una especie de culto á los muertos, porque creían en el alma humana y en que después de

esta vida terrena el hombre recibe en otra existencia superior el premio ó el castigo por sus buenas ó malas obras. De ahí el respeto con que miraban todo cuanto se refería á los muertos, la importancia que concedían á los enterramientos, de que es prueba el «Valle de las Tumbas» y las muchas inscripciones impregnadas de sentimientos espiritualistas que aparecen en las pinturas funerarias, en papiros, estatuas, etc.

La cripta del monasterio de Capuchinos en Palermo

En distintos conventos de Capuchinos existen criptas en las cuales se guardan los cadáveres momificados ó los esqueletos de los frailes que han morado en ellos, permitiéndose al público visitar estos lugares piadosos,



CARLOS GOUNOD

singularmente en el día de la Conmemoración de los difuntos. La cripta del monasterio de Capuchinos en Palermo, que publicamos en este número, y que es una de las criptas á que aludimos, no está reservada exclusivamente á los frailes, sino que se permite tener en ella momias pertenecientes á individuos de familias palermitanas. Los cadáveres momificados ó los esqueletos, según fueren, se visten con los hábitos monacales ó con el traje que usaron en el mundo las personas á quienes pertenecen, con lo que junto al burdo sayal del capuchino se ve el vestido rico de la doncella de calidad, á la que se adorna, además, con corona de flores, ó el uniforme que vistió un personaje de elevada posición social. Los deudos de los difuntos cuidan de ir cambiando los vestidos que se ajan y des-

truyen con los años. El efecto que la cripta produce en el ánimo es aterrador. Es un *memento mori*, una terrible advertencia de que el hombre es polvo, y en polvo ha de tornar, que mueve al ánimo á reconcentrarse y á pensar en lo deleznable de los goces terrenos.

Carlos Gounod

El nombre de Gounod es popular en todo el mundo. Bastárale su ópera *Faust*, que es en verdad su más inspirada y acabada obra lírico-dramática, para que su nombre no fuese olvidado. Con el *Faust* Gounod

DON PUNTUAL...

POR

JOSÉ PANDO



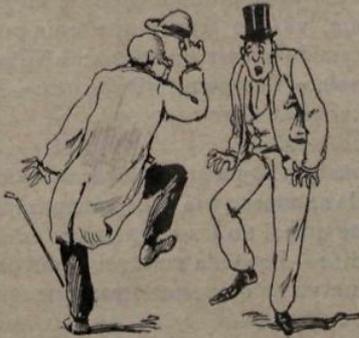
1.—Recuerda que á las doce en punto tiene una cita con el amigo Pérez.



2.—Consulta el reloj y no faltan más que cinco minutos para la hora dada.



3.—Y es preciso andar muy de prisa.



4.—Primer tropiezo.—Le pisé á V. un callo, V. perdone,—(esta gente que se pone en el camino).



5.—Ya van pasando los minutos, hay que correr más, mucho más.



6.— Segundo tropiezo.— ¿Por qué se pone V. delante?



7.—¿Que porque la calle es de todos? Pues tome V.



8.—¡¡Zis, zas...!!



9.—¡Y para esto da uno citas á hora fija! para pasarse luego las horas muertas en la prevención después de una precipitada carrera.

hizo revivir la música de Gluck, Mozart, Weber y de otros antiguos maestros. En ellos buscó inspiración, conforme lo pregonan las páginas más delicadas de la mencionada ópera. Ninguna otra de las que compuso Gounod se le iguala. Acaso las dos que más se le acercan son *Mireille* y *Romeo et Juliette*. Su inspiración vuelve á brillar en los oratorios *Gallia*, *Redemption*, *Mors et Vita*, en los cuales da á conocer todavía más el profundo estudio que había hecho de los viejos compositores. *Gallia*, escrita á raíz del desastre nacional de 1870, tiene fragmentos grandiosos y de admirable amplitud melódica. Al lado de los oratorios ha de colocarse, si por acaso no los aventaja, su *Misa de Gloria*, afortunada aplicación del canto figurado y de la orquesta á la música litúrgica. El *Credo*, en particular, de esta misa tiene una severidad y una inspiración que causan penetrante efecto en el ánimo de los fieles. El *In carnatus*, como factura musical y como carácter, deja asombrado al oyente. Gounod acababa de componer un *Requiem*, y según contaron los periódicos franceses, se ocupaba en ensayarlo cuando sufrió el ataque que le llevó al sepulcro. Murió como un buen católico. ¡Dios haya concedido el descanso eterno al alma del insigne maestro!



Los ingleses conservan como una preciosa reliquia la primera locomotora de ferrocarril construída en 1817 por Edward Pease, quien la bautizó con el nombre de *Locomotion*.

En 27 de Septiembre del año 1875, y con ocasión del jubileo de Darlington, se montó aquella máquina para ser exhibida solemnemente.

No puede dejar de causar impresión el recuerdo de una fecha tan reciente en la que el genio industrial luchaba con tenacidad y constancia para llevar á cabo aquella revolución, calificada entonces de locura, intentando colocar en las varas de un vehículo, sitio que parecía destinado para siempre á las caballerías, nada menos que una caldera en ebullición.

Al principio Pease estaba muy lejos de tener la ambición, desmedida entonces, de hacer la competencia á los carruajes. Limitábase sólo á introducir una notable economía en el transporte del carbón, empleando para ello un procedimiento nuevo del que estaba completamente seguro.

No sólo su proyecto encontró viva oposición, sino que se trató de destruirlo con el ridículo. Llegóse á declarar absurdo el tal invento é idiota al inventor. Suscitóse á uno y otro toda suerte de dificultades. El duque de Cleveland se opuso á que la línea que *Locomotion* debía recorrer pasara demasiado cerca de las madrigueras de zorros de las fincas que poseía. Aun después de terminada la línea transcurrieron cuatro años antes que se autorizase la inauguración.

Por fin, en 27 de Septiembre de 1825, el ferrocarril de Stokton á Darlington fué abierto al público entre gran multitud de gentes que no sabían si era más prudente aplaudir ó silbar.

¡Cuántas de las actuales locuras tendrán quizás un período de progreso y prosperidad comparable al ferrocarril!

En la misma época en que vivía Fabricius Suscinus, que de tanta gloria se había hecho merecedor á causa de sus generosas acciones, vivía también Cornelius Rufinus, valiente militar, que al propio tiempo que inteligente y hábil general estaba dominado por la avaricia y la rapacidad en modo extraordinario. Fabricius, no sólo no le que-

ría, sino que hasta evitaba tratarlo, y sentía por él una fuerte aversión. A pesar de todo, viéndose Rufinus próximo á ser nombrado cónsul en circunstancias graves y angustiosas por las que atravesaba la República, y no teniendo por adversarios más que personas incapaces, hizo Fabricius cuanto le fué posible para asegurar la elección de Rufinus, que salió nombrado. Como la gente se extrañara de que hubiese prestado su apoyo á un hombre tan difamado por su avaricia, respondió:—No hay por qué admirarse, prefiero ser robado á caer en la servidumbre.

En cierta ocasión preguntaron al sabio Lokman de quién había aprendido la sabiduría, y contestó:—De los ciegos. Antes de haber probado un sitio no pongas en él los pies. Piensa en el modo de salir antes de entrar.

Un hombre poseía una perla preciosa, y al atravesar un estrecho la dejó caer en el fondo de un abismo. Al llegar á la orilla tomó un vaso de madera y se puso á sacar agua del mar echándola luego en la playa. El dios del mar le dijo:

—¿Cuándo pensáis que el mar quedará seco?

—Aun cuando debiese morir de pena, contestó, no me descorazonaría.

El dios del mar, entonces, conociendo la sinceridad con que le hablaba, sacó la perla de entre las aguas y se la entregó.

Pasando Diógenes por unas grandes casas de un hombre de mala vida y fama, vió un letrero que tenía puesto sobre lo alto de la puerta de la casa que decía: «No entre por esta puerta cosa mala.» Y respondió Diógenes:—Pues ¿por dónde ha de entrar el dueño?

Condenaron á uno á que pagase cincuenta ducados, y como por no tenerlos le apretasen á la paga, amenazándole un día los alguaciles de que si no los tenía que ellos se los harían hallar, respondió:—Por vida vuestra, si puede ser sean ciento, porque aun yo he menester otros cincuenta.

Había leído uno un mal soneto á otro, y poniéndole mala cara se desazonó el autor y dijo:

—Bien podía usted tener más modos, que si mucho me enfada le romperé la cabeza.

Y el otro respondió:

—Con gran facilidad lo puede usted hacer sin tener que sacar la espada, sólo con volverme á leer su soneto.

La contusión ó magulladura es una solución de continuidad no aparente, producida por un cuerpo redondo.

Tan luego como se recibe una contusión se aplicarán al momento sobre la parte unos cabezales mojados con agua bien fría en la que se haya disuelto sal común ó sal amoníaco, ó se haya echado una grande porción de extracto de Saturno, de aguardiente alcanforado, de vinagre, de hielo para aumentar su frialdad, etc. Si á pesar de estos remedios progresa la inflamación, se aplicarán entonces unas cataplasmas emolientes hechas con la harina de simiente de lino, migas de pan desleídas en leche, en una decocción de malvavisco ó de simiente de lino.

En las contusiones con fractura ó dislocación, deberán emplearse los mismos medios mientras se hace venir el cirujano, pues con ellos se disminuye y muchas veces se previene enteramente la inflamación de los miembros fracturados ó dislocados, lo que hace más fáciles y menos dolorosas las operaciones del facultativo.

 Dos cosas hermosas pueden muy bien formar un conjunto monstruoso.—LUCIANO.

 Tan peligroso es entregar una espada á un loco como el poder á un malvado.—JAMBlico.

 La belleza es un engaño mudo.—TEOFRASTO.

 Es preciso buscar el bien y la belleza por el mismo camino.—PLOTÍN.

 No pidas que los acontecimientos se presenten á la medida de tus deseos, antes bien procura conformar tus deseos á los acontecimientos y de este modo serás feliz.—EPICETETO.

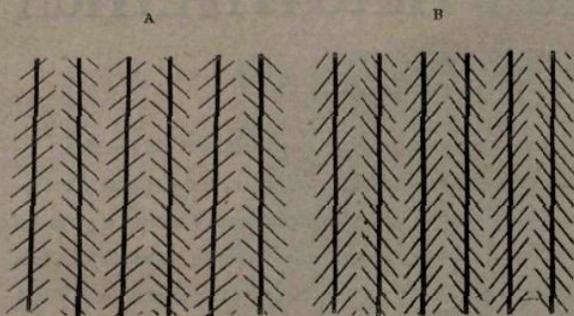
 Uno dijo á Diógenes:—Muchas personas se burlan de tí.—A lo cual respondió:—Y yo no me tengo por burlado.—DIÓGENES DE LAERTO.



LÍNEAS ENGAÑOSAS

Podríamos en esta sección indicar una numerosa serie de experimentos á cual más curiosos, algunos de los cuales servirían para hacer patentes muchos fenómenos químicos, cuya descripción es bastante difícil: mas nos ata las manos el propósito que hemos formado de no publicar ningún experimento que pueda atraer el menor peligro á nuestros constantes lectores; todas esas experiencias químicas tienen el inconveniente del manejo de sustancias más ó menos nocivas, y si bien la habilidad que lleva en sí la práctica las hace inofensivas en la cátedra y en el laboratorio, aquí se trata de un aprendizaje repentino que puede costar caro, y por estas razones preferimos los experimentos de física, y en especial los de óptica, por ser los más sencillos de todos.

Véanse las figuras A y B. Miradas por encima aparecen



las líneas verticales casi paralelas; las de la figura A se estrechan por arriba y las de la B por abajo: las pequeñas rayas transversales sirven para guiar los ojos hacia las líneas aparejadas, además de contribuir á la demostración general.

Dados estos antecedentes, veamos las transformaciones ópticas que presentan esas rayas hechas como al azar. Primeramente fijese el lector en que vistas las rayas pequeñas transversales que van de arriba-abajo-derecha-izquierda, aparecen más negras y más espaciadas que las

otras: este fenómeno tiene igual origen que el que facilita el trazar un perfil de rostro mirando hacia la izquierda, mientras que es mucho más difícil trazarlo hacia la derecha.

Esas rayitas nos representan las señales de *tren descendente* y *tren ascendente* que bordean los rails en las grandes estaciones: ahora vamos á contemplar la perspectiva de esos rails poniendo el papel en donde están dibujados, de modo que los veamos en un semiescorzo; ¿qué resulta? que las parejas de rails estrechas de arriba, vistas así, resultan en perspectiva, es decir, aproximándose los puntos en el foco lejano, mientras que las otras líneas separadas de arriba, aparecen, vistas á escorzo, enteramente paralelas, ó sea acompañándose siempre sin tocarse jamás, como deben hacer los buenos vecinos de una casa.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

MI-CO

Al problema numérico:

							39
4	5	6	7	8	9		39
9	8	7	6	5	4		39
6	4	5	8	9	7		39
8	7	4	9	6	5		39
5	6	9	4	7	8		39
7	9	8	5	4	6		39
39	39	39	39	39	39	39	39

Al rectángulo geográfico:

T O R D E R A
 M O N C L A R
 C E R V E R A
 T O R T E L L Á
 C A R D O N A
 M A N R E S A
 A M P O S T A

A la fuga extravagante:

Citaron á Juan Petate por lo que debe (y no es poco), mas cayendo en un dislate antes de lo de remate olvidaron poner loco.

LOGOGRIFO

¿Por qué mi nombre con porfía loca el hijo rudo del dios Marte invoca si un arbolillo soy, tan perfumado que flores doy al monte y doy al prado? Metálicos insectos pequeños arquitectos que redes y refugios construyeron cuando el hombre me aclama y á sus hermanos llama para destruir lo que crió natura, huyen donde su vida esté segura. ¡De qué sirven mis flores si es símbolo mi nombre de dolores y en medio de la tétrica pelea mi ramaje abrasado es roja tea!

JULIÁN.

CHARADAS

¿Quién da vida y alegría á toda la primavera?

Mi primera.

¿Quién sostiene al religioso y le da dicha profunda?

Mi segunda.

¿Quién entre letras vocales se distingue y más impera?

Mi tercera.

¿A quién siempre se confía el compás de cualquier modo?

A mí todo.

PA. SA. MA.

¡Vaya con el prim.ra!

¡Qué genio tiene!

Al que se le aproxima si puede, muere.

Tendrá, si no lo evita, un mal dos tres

todo el que en polvorosa no ponga pies.

Mi todo se halla cerca de la Turquía,

isla de mucha fama que Grecia ansía.

BALACLAVA.

EJERCICIO LEXICOGRÁFICO

Buscar todas las palabras terminadas en

GATA

VIGOR DEL CABELLO

del Dr. AYER.

Es el mejor cosmético

Hace crecer el cabello

DESTRUYE LA CASPA

Y con su uso el cabello gris

vuelve á tomar su color primitivo.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer —exquisito cosmético para el cabello— está compuesto de los ingredientes más escogidos. Impide que el cabello se ponga claro, gris, marchito ó rasposo, conservando su riqueza, exuberancia y color hasta un período avanzado de la vida. Cura los humores y la comezón, y conserva el cráneo fresco, húmedo y sano.

EL VIGOR del CABELLO

del Dr. AYER

Cuanto más se usa, más rápidos son sus efectos.

Preparado por el Dr. J. G. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Lo venden los Farmacéuticos y Perfumistas.

Póngase en guardia contra imitaciones espúreas. El nombre de —“Ayer”— figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada una de nuestras botellas.

¡MADRES! NO OLVIDARLO

LA "PANACEA ROSADA" DEL DOCTOR AGUILAR

es la Medicina Prodigiosa para los niños y sin comparación superior á todas las DENTICINAS conocidas, porque no sólo facilita la Dentición y el Babeo, sino que mata las Lombrices, cura las indigestiones y desarreglos de vientre, quita la fiebre y preserva de accidentes convulsivos y las congestiones y derrames cerebrales. Con el empleo de la Panacea Rosada del Dr. Aguilar, lograréis, cuando estén buenos, conservar la salud de vuestros tiernos hijos y cuando estén enfermos su curación, aunque tengáis perdida la esperanza, porque la Panacea Rosada del Dr. Aguilar, administrada á tiempo, destruye de un modo rápido y seguro los gérmenes de enfermedades, y tanto es así, que, sólo algunas tomas de nuestra Panacea Rosada del Dr. Aguilar, han bastado, muchísimas, pero muchísimas veces, para hacer desaparecer, como por encanto, síntomas de graves males, devolviendo la salud al enfermito y la tranquilidad y alegría á sus atribulados padres. Léase detenidamente el folleto explicativo que acompaña á cada caja.

Precio 2 pesetas

Barcelona: De venta al detall farmacia del Dr. Boatella, sucesor de Aguilar, Rambla del Centro, 37, y en las principales de toda España. Al por mayor: Dr. Andreu, de Barcelona.

VELUTINA REAL MARÍA CRISTINA

Y

LA MARAVILLA DEL SIGLO

Polvos de flor de arroz, extrafinos, adherentes, invisibles é inofensivos, preparados por B. RICHARD, París. Véndese en las principales perfumerías.

Depositario: JAIME FORTEZA. — Barcelona

CRISTÓBAL COLÓN

SU VIDA—SUS VIAJES—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

José María Asensio

ESPLÉNDIDA EDICIÓN Ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles.

Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno.

LA TIERRA SANTA

por D. Victor Gebhart

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

VIDA DE SAN JOSÉ

POR EL P. CHAMPEAU

Añadida con los trabajos de los más autorizados escritores católicos BAJO LA DIRECCION DEL

R. D. José Ildefonso Gatell

Esta edición monumental va adornada con magníficos grabados en sus páginas, y se reparte por cuadernos de cuatro entregas al precio de 25 céntimos de peseta la entrega. La obra completa cuesta 30 pesetas.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacifico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.